

José Ortega y Gasset personaje de novela (en el centenario de *Troteras y danzaderas* de Ramón Pérez de Ayala)

Introducción de Concha D'Olhaberriague

ORCID: 0000-0003-4269-3266

Troteras y danzaderas (1913) es la novela de Ramón Pérez de Ayala que cierra la tetralogía integrada por *Tinieblas en las cumbres* (1907), la polémica *A.M.D.G. La vida en los colegios de jesuitas* (1910), a la que Ortega dedicó una reseña llena de complicidad y elogios para el escritor ("Al margen del libro *A.M.D.G.*", II, 112-115), y *La pata de la raposa* (1911).

Situada en el gozne de una singular carrera narrativa, que concluye cuando Ayala tiene cuarenta y seis años y goza de prestigio, la calidad y la viveza de *Troteras* son incuestionables pese a lo olvidado que está hoy el novelista. Tras publicar su última novela en dos partes, *Tigre Juan* y *El curandero de su honra* en 1926, seguirá escribiendo ensayo y crítica literaria hasta el fin de su vida, pero no ficción.

El pasado 2012 vio la luz el libro *Ayaliana. Ensayos sobre la vida y la obra de Ramón Pérez de Ayala en el cincuentenario de su muerte*. Uno de los trabajos que lo integran, escrito por Ángeles Prado, se ocupa de la amistad entre José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala a la luz de trece cartas que se cruzan entre 1904 y 1913.

De las novelas que componen la tetralogía mencionada, todas ellas de indudable trasfondo autobiográfico, es *Troteras* la única cuya acción se sitúa en Madrid, con una breve escapada al pueblo asturiano de Cilurio, remedo del Celorio real.

Pérez de Ayala la escribió mientras cursaba estudios en Alemania con Heinrich Wölfflin y se la dedicó a Miguel de Unamuno llamándolo "Poeta y filósofo español del siglo XXI". En la última página, tras la palabra "fin" en mayúsculas, leemos: Múnich, 10 de noviembre de 1912. Tres meses más tarde se pone a la venta. Conocemos la fecha exacta gracias a *Los Lunes de El Imparcial*; el 17 de febrero de 1913 el suplemento cultural de *El Imparcial* da la noticia de

Cómo citar este artículo:

D'Olhaberriague, C. (2013). José Ortega y Gasset personaje de novela (en el centenario de "Troteras y danzaderas" de Ramón Pérez de Ayala). *Revista de Estudios Orteguianos*, (26), 187-196.
<https://doi.org/10.63487/reo.420>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 26. 2013
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

la publicación y presenta un fragmento del conmovedor pasaje titulado “Verónica y Desdémona”.

El más clásico de los escritores novecentistas bien pudo inspirarse lejanamente para esta escena en el diálogo platónico *Menón*. Sócrates interroga a un esclavo con el fin de mostrar a su interlocutor qué es la reminiscencia, y el escritor Alberto Díaz de Guzmán, personaje de la novela ayaliana y alter ego de Pérez de Ayala, lee la tragedia shakespeariana de *Otelo* a su amiga, la prostituta Verónica, movido por la curiosidad de observar la reacción vital de una mujer primaria ante una obra de arte cargada de emotividad. Y, naturalmente, Verónica experimenta un caso ejemplar de *Einfühlung*, como dirá su creador por boca de su émulo de ficción Alberto Díaz de Guzmán al personaje que replica a Ortega.

De este pasaje se hizo eco María de Maeztu en su *Antología-Siglo XX. Proxistas Españoles. Semblanzas y Comentarios*, de 1943. Según Andrés Amorós, Pérez de Ayala se sintió siempre orgulloso de la escena de Verónica y Desdémona y apenas la retocó en las distintas ediciones que se hicieron de la obra, en Madrid y en Buenos Aires, en vida del autor. El magnífico fragmento permite calibrar el estilo y el brío de la prosa de *Troteras*; pero las virtudes y el interés de la obra van mucho más allá de lo que nos transmite esta memorable muestra. “Verónica y Desdémona” se llamaba la segunda parte de las cinco en que se dividía la novela en su primera edición de Renacimiento.

Troteras y danzaderas es una novela de clave. Mucho se elucubró sobre los modelos reales de los personajes literarios. Casi todos los tipos resultan transparentes para quienes conocieron aquel mundo y, salvo Teófilo Pajares, compendio de varios escritores –Villaespesa, Marquina, de Mesa y quizá Carrere–, tampoco plantean grandes dudas a los estudiosos avisados que deseen identificarlos.

Entre los críticos se hizo famoso un ejemplar de la biblioteca del Ateneo de Madrid, anotado por un lector anónimo que va indicando quién es quién. El ejemplo cundió, por lo que se ve, pues la Biblioteca Nacional posee otro volumen, también de la primera edición de Renacimiento, con anotaciones semejantes.

En esta novela llena de chispa, talento y amenidad, plasma Pérez de Ayala un retazo de vida del Madrid que frecuenta el Ateneo en 1910. Es una obra expresionista y tragicómica, lupanaria, con toques de sainete y melodrama, urdido todo ello con la maestría de la pluma culta, sarcástica y brillante de su autor. Pero es, sobre todo, una obra vital, un pedazo de la experiencia de Ramón Pérez de Ayala en un Madrid pobretón y bohemio por el que pululan personajes cultos y populares, políticos, poetas, bailarinas, actores, prostitutas, anarquistas, ministriles, mendigos y aristócratas juerguistas. No falta alguna

reflexión de tono noventayochista y quejumbroso, aunque cargada de ironía y perspectivismo. Así, la novela concluye con la pregunta tópica de Enrique Muslera-García Morente a Alberto Díaz de Guzmán-Pérez de Ayala acerca de lo que ha producido España. La respuesta es “Troteras y danzaderas, amigo mío; troteras y danzaderas”.

El sabor agridulce que deja la lectura no impide apreciar una cierta añoranza y afecto del autor por aquel mundo que echa de menos desde Alemania, donde sabemos por la correspondencia con Unamuno que no lo pasó bien. Este epistolario nos revela, asimismo, la desazón que produjo en Ayala un comentario ambiguo de Ortega sobre su novela, recién publicada, *La pata de la raposa*.

Hay acontecimientos que permiten fechar con precisión en 1910 el tiempo interior de la narración: Antón Tejero, el joven filósofo que encarna a Ortega en la ficción, cobra su primer sueldo en la Universidad; Raniero Mazorral, nombre literario y poco halagüeño para Ramiro de Maeztu, pronuncia una sonada conferencia en el Ateneo; se estrena una obra de teatro de Teófilo Pajares, *A cielo abierto*, equivalente en la ficción a *En Flandes se ha puesto el sol* de Marquina, y otra escrita por el doble de Pérez Galdós, Sixto Díaz Torcaz, que se corresponde con el estreno de *Cassandra*.

Retrato de Antón Tejero-José Ortega

Pérez de Ayala y Ortega tuvieron una amistad sustentada, más que nada, en una sensibilidad parecida respecto a los males de España, un aprecio intelectual sincero y un respeto mutuo. Les une, además, la vivencia indeleble de haber sido educados en internados jesuitas, ya en el paisaje norteño y melancólico de Carrión de los Condes y Gijón, donde estuvo Ayala, ya bajo el imperio lumínico del mediterráneo malacitano, recordará luego el filósofo en la reseña citada de *A.M.D.G.*

Ambos formaron parte de la Sección de Literatura del Ateneo presidida por Navarro Ledesma. Ortega ayudó a Ayala desde que éste llegó a la capital a comienzos de siglo, medió para conseguirle colaboraciones en la prensa y contó con él para un par de empresas políticas de corta vida, una en el 14, la Liga de Educación Política Española, y otra en 1931, la Agrupación al Servicio de la República, en la que estaba, asimismo, Gregorio Marañón. Al cambiar la empresa de *El Sol* tras vender Urgoiti sus acciones, dimiten a la par y pasan a la revista *Crisol*.

Ortega no escatima elogios a la prosa del escritor, afirma que lo considera un amigo próximo, pero también habla de “La malignidad que le es nativa”, en un artículo de rectificación a Julio Cejador, titulado “Observaciones”,

aparecido en *El Imparcial* en marzo de 1911. Los amigos del alma de Pérez de Ayala fueron Azorín, presente en *Troteras* bajo el nombre de Halconete, el granadino Miguel Rodríguez Acosta, con quien se cartea a lo largo de cincuenta años, tras haberlo conocido en el Ateneo, el poeta Enrique de Mesa, el escultor asturiano Sebastián Miranda y Gregorio Marañón.

Andrés Amorós, basándose en comentarios de testigos directos, sostiene que Ayala era uno de los pocos que se atrevía a contradecir a Ortega en público y a tratarlo con una cierta ironía. En la correspondencia que intercambian son dos personas sumamente pudorosas al hablar de sus afectos y sentires. Ninguno de ellos escribió sus memorias, pero Pérez de Ayala, so capa de ficción, describe la actividad de Ortega-Tejero con comentarios jocosos que traslucen prejuicios y resquemor hacia los filósofos *in genere* y apuntan una crítica burlesca de la pedantería inherente a la jerga filosófica.

Escéptico, pesimista y algo abúlico, el escritor se proyecta en Alberto Díaz de Guzmán, cuyo carácter era, como nos dice el narrador omnisciente, “sedentario, soñador e indiferente”.

A Pérez de Ayala intelectual le preocupa ante todo su carrera literaria y se expresa magistralmente con la pluma, sin embargo, rehúye hablar en público y mira con distanciamiento, y tal vez rivalidad, la capacidad de liderazgo del entusiasta y animoso Ortega. Todo ello se recrea con bastante precisión en *Troteras*.

El retrato que nos ha dejado el escritor asturiano de Antón Tejero es de una gran destreza literaria, tornasolado y multifacético, elogioso en lo esencial pero rematado con algún ribete mordaz. Si tuviéramos que reducirlo a un epíteto homérico, el Antón Tejero de *Troteras* sería “El de la recia peana”, expresión certera con la que Pérez de Ayala, por dos veces, alude al aplomo y seguridad con que irrumpe Ortega en la vida pública y en la docencia, como destacaron muchos contemporáneos y señalan los estudiosos.

En cuanto al nombre de ficción, Amorós señala, partiendo de la novela, que le dicen Antón como a Ortega le decían Pepe. Los juegos compositivos analógicos de Pérez de Ayala saltan a la vista: Halcon-ete para Azorín; Luis Muro para el poeta satírico Luis de Tapia; Honduras para Hoyos y Vinent; Monte-Valdés es Valle-Inclán y don Sabas Sicilia corresponde a Amós Salvador. Para pergeñar el nombre de Antón Tejero vemos que se ha valido, una vez más, de una suerte de metátesis o reordenación de ciertas sílabas: Or-te-ga- Te-je-ro.

El autor de *Troteras* destila una ambivalencia alambicada al pintar literariamente al joven profesor. Habla de la proyección y el influjo que ejerce sobre muchos jóvenes intelectuales a los que se refiere como la “mesnada” del filósofo y convierte a Raniero Mazorral-Ramiro de Maeztu en un trujamán del filósofo: “La conferencia es un plagio de los artículos de Tejero”, exclama un

ateneísta anónimo de la novela, tras oír el famoso discurso pronunciado por el periodista vitoriano en el Ateneo en 1910.

Más tarde el propio Ayala se sumará, como sabemos, a empresas políticas impulsadas por su amigo Ortega, y lo curioso es que lo predice su doble Alberto Díaz de Guzmán en la novela.

No es Tejero un personaje que ocupe mucho espacio en *Troteras*. Interviene tan sólo en un par de ocasiones y se habla de él en otras tantas; mas sus apariciones son de gran relevancia y su figura, aunque episódica, gravita sobre otros personajes, intelectuales y políticos, y resulta, a la postre, de una inmensa fuerza irradiadora. La descripción física está poblada de atributos ennoblecedores:

grande y apacible cabeza socrática, prematuramente calva, la desnuda doncelez de sus ojos, e imperturbable aplomo de figura con recia peana (*Troteras y danzaderas*. Madrid: Castalia, 1991, p. 297).

La reacción de Tejero, al percatarse de que el poeta bohemio Teófilo Pajares le ha robado las doscientas pesetas de su primer sueldo como profesor, es desenfadada y generosa:

No me venían mal a mí, pero al que se las ha llevado de seguro le hacían mucha más falta. ¡Que le hagan buen provecho!

Luego viene el toque ácido y deformante por ampliación, tal y como puede verse en los textos adjuntos, de suerte que, al final, queda en el lector una imagen perfilada por un grueso trazo caricaturesco.

A Ortega no le complace su réplica novelesca y el padre de la criatura narrativa le reprocha falta de "humorismo". Cada uno tendría sus razones personalísimas al emitir su juicio. ¿Reía Pérez de Ayala, en esta ocasión, como rimaba ingenioso Valle-Inclán "con su risa buena y mala"? Siempre nos quedará la duda.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Troteras y danzaderas

(selección)

—**S**í, es Antonio Tejero; Antón Tejero le dicen; ¿no has oído hablar de él?

[...]

La voz de Alberto:

—Si no tiene usted mucha prisa deje usted el gabán en el perchero.

La voz de Antón:

—Sí, lo voy a dejar, porque pesa de una manera horrible. Figúrese, ¿sabe usted lo que es esto?

La voz de Alberto:

—Parecen dos salchichones.

La voz de Antón:

—Pues son dos paquetes de cien pesetas en duros. Vengo de cobrar la nómina en la Universidad, y me han cargado, que quieras que no quieras, con doscientas pesetas en plata. Bueno; lo dejaremos en el perchero. Supongo que estará seguro, ¿eh?

La voz de Alberto:

—Naturalmente.

[...]

La voz de Tejero:

—Sí, un mitin. Los jóvenes tenemos el deber moral de hacer política activa, Alberto; de pensar en los destinos de la patria. Toda otra labor es estéril si no se ataca lo primero al problema de la ética política. La última crisis ha sido bochornosamente anticonstitucional y avergüenza pertenecer a una nación que tales farsas consiente. Y luego, ¡qué Gabinete el nuevo! Las heces de la inmoralidad pública. Ese don Sabas Sicilia, un viejo cínico y corrupto, como todos saben, acusado de negocios impuros en connivencia con el erario del Estado...

La podre de la podre. Y los demás, del mismo jaez. Quiero que celebremos un mitin los jóvenes. Usted tiene que hablar. Buscaremos algunos más; por supuesto, gente sin tacha en la conducta. ¿No le parece bien que haya un orador para representar cada orden de actividad intelectual? Un novelista, por ejemplo; un poeta, un crítico..., etc., etc. Que vean que la juventud es antidinástica, limpia y peligrosa.

[...]

Antón Tejero era un joven profesor de filosofía con ciertas irradiaciones de carácter político, y había arrastrado, a la zaga de su persona y doctrina incipiente, mesnada de ardorosos secuaces. Aunque sus obras completas filosóficas no pasaban todavía de un breve zurrón de simientes de ideas, habíale bastado tan flojo bagaje para granjearse la admiración de muchos, la envidia de no pocos y el respeto de todos, sentimiento este último de mejor ley y más difícil de inspirar que la admiración. Filósofo al fin, en ocasiones, era demasiadamente inclinado a las frases genéricas y deliciosamente vanas.

Era también muy entusiasta, y, como toda persona entusiasta, carecía de la aptitud para emocionarse. De talentos literarios nada comunes, propendía a formular sus pensamientos en términos donosos, paradójicos y epigramáticos, por lo cual se le acusaba en ocasiones del defecto de oscuridad. Por ejemplo, había anticipado el remedio de los males que acosaban a España con estas palabras: "España se salvará, alzándose a la dignidad de nación civilizada, el día que haya nueve españoles capaces de leer el Simposio o banquete platónico en su original griego". A esto, Luis Muro, el poeta cómico, había respondido en la sección "Grajeas" del diario *La Patria*:

Dan gusto nueve al garguero
en el festín de Platón,
mas, diga el señor Tejero,
¿y el piri, coci o puchero
del resto de la nación?

[...]

—A Tejero le enojaba el que su interlocutor discurriese con ímpetu. En tales casos, el reproche que acostumbraba hacer era la falta de objetividad, de cientificismo, como un aviador que definiera los pájaros: "Aficionados a la aviación". —Pss... No está mal. Sí; es necesario colocar bien el problema de la estética. En Alemania se preocupan mucho de estética. ¿De dónde hace usted arrancar la estética?

—He pensado bastante acerca de ello; pero no lo he ordenado aún, como usted dice.

[...]

—Llamaron a la puerta, salió Angelón a abrir y a poco apareció de nuevo acompañado de Juan Halconete, cogiéndole del brazo. La figura, el aire, el rostro, orondo y rubicundo, de Halconete, tenían abacial prestancia. Saludó, inclinándose en los umbrales, con ruborosa y sonriente timidez, y luego avanzó hasta Alberto y se sentó al lado suyo.

—He encontrado a Tejero en la calle de Alcalá y me ha dicho que estaba usted algo enfermo. ¿Qué es ello?

—Nada, realmente.

—Me alegro. Conque un mitin, ¿eh? Este Tejero es hombre de grandes arranques. Nada menos que va a salvar a España. En verdad que me deja perplejo este joven... Por lo pronto, no se contenta con menos que con exterminarnos a todos lo que somos conservadores.

[...]

—¿Y es cierto que van a celebrar ustedes un mitin mañana? —preguntó Monte-Valdés a Alberto.

—Sí, señor.

—Tejero, ¿hablará?

—El mitin es cosa de él.

—Gran talento tiene ese Tejero. Si el mitin es para condenar la putrefacción e idiotez del nuevo Gabinete, me parece muy bien. Señores, hay que ver ese don Sabas Sicilia, que no sé cómo no lo han colgado ya de una pata y cabeza abajo en un farol de la Puerta del Sol, por ladrón. —Monte-Valdés agitaba los brazos enardecido. —Ahora, si es para hacer propaganda republicana... Vamos, que no acierto a explicarme cómo están ustedes tan obcecados...

[...]

Las ideas no eran nuevas para el público; las mismas quejas de Raniero Mazorral, aunque con diferentes palabras, habían sonado en oídos españoles desde hacía siglos; los remedios que el orador ofrecía eran vagos y de dudosa eficacia. Todo ello era una canción vieja, y, sin embargo, dijérase que se oía por vez primera; y es porque por vez primera se había infiltrado en la canción vieja lo patético de ciertas modulaciones, que le daban emoción estética.

De esta suerte discurría Guzmán, que estaba sentado junto a Tejero. Miró de reojo al joven filósofo, con su grande y apacible cabeza socrática, prematuramente calva, la desnuda doncellez de sus ojos, e imperturbable aplomo de figura con recia peana. Tejero era quien había infundido emoción estética y comunicativa a aquella vieja lamentación española, que ahora hacía eco en el cráneo y en la voz de Mazorral. Las ideas y emociones de esta conferencia eran, en gran parte, obra de Tejero, a las cuales daba virtualidad escénica Mazorral, hombre apto para las exhibiciones histriónicas, porque sabía entrar en situación, esto es, apasionarse por las ideas y darles virtualidad ardiente.

Explícitamente lo reconoció así el propio Mazorral desde la tribuna, proclamando a Tejero jefe e inspirador de la juventud culta, gran español, a cuyo celo y diligencia el *problema España* debía su enunciación exacta y metódica, y ángel exterminador de la política arcaica, aludiendo con esto último a que Tejero, con un simple discurso en un mitin, había derribado del ministerio a don Sabas Sicilia, el cual ocurrió que se encontraba entre los oyentes y hubo de recibir en tal punto muchas miradas de través.

[...]

Y ahora viene lo más curioso, aquello de que el joven Tejero me derribó con un discurso... —don Sabas sonrió amargamente—. De eso a decir que el propio señor Tejero obligó con otro discurso a Carlos de Gante a retirarse a Yuste, no va nada.

[...]

El caso es que Mazorral no ha dicho nada nuevo. Todo eso se viene escribiendo en España desde hace siglos: ahí está el libro de Halconete, que lo puede atestiguar. Y, sobre todo, si se trata de dar formas nuevas a quejas antiguas, la forma no es de Mazorral, sino de Tejero. La conferencia es un plagio de los artículos de Tejero.

[...]

Así que Alberto volvió las espaldas, acercósele Enrique Muslera, un joven de la mesnada de Tejero. Era anchicorto, de precoz adiposidad y un poco tocado de pedantería. Simulaba expresarse con dificultad en castellano, porque su larga permanencia en Alemania le había hecho olvidar la lengua nativa. Lo primero que hizo en llegándose a Alberto, antes de decir palabra, fue mirarle a los pantalones y a las botas y establecer luego un cotejo óptico con los suyos propios. Después examinó con impertinencia la indumentaria de Guzmán.

—¿Qué hay? ¿Ha leído usted el artículo de esta mañana?

—¿Qué artículo?

—El de Tejero. Ahora resulta que ocuparse de política es perder el tiempo; que el problema España no es tal problema España; que no se debe ser progresista y demócrata, sino tradicionalista, o, lo que es lo mismo, restauracionista; que él, Tejero, no es un hombre objetivo como hasta ahora nos había asegurado, sino un vidente, un místico español. En suma, que nos ha estado tomando el pelo.

Múnich, 10 de noviembre de 1912

Troteras y danzaderas.
Edición de Andrés Amorós.
Madrid: Castalia, 1991.